



Por Nicolás Lynch



Nostalgia de Manhattan

Muchas personas me han preguntado en estos días por mi opinión, más allá de la condena inicial sobre lo que ha pasado en los Estados Unidos. No he podido, sin embargo, establecer todavía una explicación analítica clara. Por ello he decidido dejarme sentir para ver si así fluye luego el análisis frente a la acción terrorista. Aquí van algunos de esos sentimientos, ciertamente parciales y focalizados, pero que parten de la propia experiencia.

Hay ciudades, aparte de la propia, que le enseñan a uno a vivir. Es el caso, para mí, del Cusco y de Manhattan, en las que viví por períodos significativos y establecí relaciones perdurables. En la primera me terminé de hacer adulto y descubrí la cara andina del Perú. Manhattan, en cambio, fue una experiencia de plena madurez, donde no sólo conocí gentes, sino cambié definitivamente una manera de pensar rígida y acartonada y encontré el cosmopolitismo como otra forma de ser peruano. En ese distrito, que es el corazón de la ciudad de New York, he pasado casi cuatro años en dos períodos distintos, primero como estudiante de postgrado y luego como profesor visitante en la New School for Social Research.

Cada vez que he vuelto, pocos minutos antes del aterrizaje o la llegada del tren, he sido invadido siempre por una alegría indescriptible, como cuando uno llega a su propia casa después de un largo viaje. Pero no sólo por los amigos a los que uno sabe que verá en los días siguientes, sino sobre todo por la vitalidad de esa ciudad maravillosa que quizás pueda ser resumida en la frase de John Lennon sobre el lugar, quien dijo: "es la Roma de nuestro tiempo".

New York y Manhattan en particular se convirtieron en la segunda mitad del siglo XX en la capital cultural del mundo. Aunque no sólo ni principalmente por su riquísima vida intelectual y artística, sino por

la mezcla de culturas y razas que se asentaron allí, dejando progresivamente en minoría a los gringos y al inglés y creando el mestizaje impresionante que habita sus edificios y ha constituido lo que creo es la muestra más significativa de la especie en esta época. Definitivamente, y es la recomendación que siempre le he dado a los amigos que van a Manhattan por primera vez: lo más interesante allí es caminar por la calle, observar a sus gentes y sentir la dinámica infinita de una urbe que no cesa jamás.

Algunos han querido ver en Manhattan algo parecido a Sodoma y Gomorra, por el Sida, la violencia callejera y el Wall Street. Pero esa es la leyenda negra sobre Manhattan. En esta isla se ha dado por sobre todas las cosas un experimento formidable de convivencia humana entre gente distinta. En esas calles se cultiva una virtud central a la modernidad actual: la tolerancia. Los diferentes, con cierta indiferencia, se toleran, dejándose vivir mutuamente. Eso permite que allí se vean de manera inicial lo que quizás serán las nuevas formas de convivencia humana cotidiana en los siglos siguientes. Donde, por ejemplo, la amistad tenga un valor superlativo, que, creo, se desconoce en otras latitudes.

Por todo esto, el horror que vimos en la televisión el martes temprano por la mañana fue para mí triplemente atroz. No sólo el horror frente a la acción demencial del terrorismo suicida, sino también el ver cómo se destruía una parte tan significativa de una ciudad que ha expresado en las últimas décadas una de las síntesis más importantes para nosotros como humanidad, y es además una ciudad que llevó en el corazón.

Sin embargo, no tengo dudas de que Manhattan superará este golpe demoledor, precisamente por la fuente inagotable de vida en la que se ha convertido y que supera largamente el instinto y la acción mortales que quisieron prevalecer el martes pasado.